DOÑA LUZ Y EL FONTANERO.

D. José Sanz Perez
de Mendoza.
Obsequio de amistad.

[338:11]

DOÑA LUZ

Y

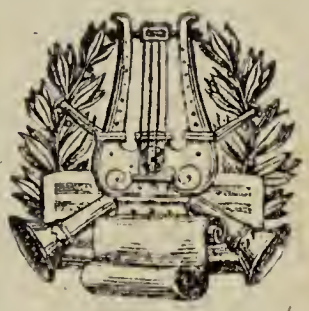
EL FONTANERO.

CUENTO FANTASTICO

DIVIDIDO EN DOS PARTES.

Original

de D. José Sanz Perez.



CADIZ:

IMPRENTA, LIBRERÍA Y LITOGRAFÍA DE LA REVISTA MÉDICA,
á cargo de D. Vicente Caruana,
PLAZA DE LA CONSTITUCION, N.º 11.

1847.

Esta obra es propiedad
de sus editores.

AL SEÑOR

DON FRANCISCO BRUNA DE LUNEBOURG.

Este ensayo va dedicado á tí. ¿No me has animado á cultivar la deliciosa poesía? Pues ya me tienes en la palestra.

Admítelo, no como joya literaria, sino como memoria de sincera amistad de

Tu mejor amigo

José Sanz Perez.

Digitized by the Internet Archive
in 2019 with funding from
University of Illinois Urbana-Champaign Alternates

https://archive.org/details/donaluzyelfontan00sanz

PARTE PRIMERA.

En lo mas alto de un cerro
que hay entre Marchena y Arcos,
aun se conservan vestigios
de un castillo arruinado.
Nada dicen las historias
de quiénes fueron sus amos,
ni se sabe si fué obra
de moros ó de cristianos.
Pero lo que es verdadero
que no hay labriego esforzado
que al pasar por sus contornos
no invoque tímido á un santo;
ni hay quien los negros muñones
mire con risa en los labios,
ni zagal que á pastar lleve
á la altura sus ganados:

que corre por voz valida,
entre el vulgo, que en lo alto
hay brujas, y si nó brujas
almas en penas ó diablos.
Caudal sacaron las viejas
de aquellos negros peñascos,
pues cada cual á su modo
despues de dicho el rosario
en las noches de Diciembre
junto al brasero de barro,
cuenta consejas diabólicas
rodeada de muchachos.

A corta distancia, há tiempo,
entre deformes peñascos
y á la sombra melancólica
de varios álamos blancos,
una pobre choza habia
habitada por un bardo.
Era una noche de invierno,
el viento bramaba airado:
copiosa lluvia caia
que, á la luz de los relámpagos,
mentia de cuerdas de oro
revestido el ancho espacio.

Sin duda observó lo mismo
desde su cabaña el bardo;
y en su ilusion ver creyendo
el arpa del ángel Santo
que en la inmensidad flotaba,
al Justo Juez alabando,
entonó en sus soledades
este cantar inspirado:

EL BARDO.

Vientos bramad; torrentes espumosos
Rugid entre las peñas quebrantadas:
Crujid deshechos, árboles añosos:
Vomitad vuestra hiel, nubes preñadas.

Desata ¡oh Cielo! tu potente ira,
Que el hombre en tu furor mas te respeta:
Y mas en tu furor tambien se inspira
El corazon ardiente del poeta.

Y envuelta la ilusion en la pavura,
En alas de la dulce religion,
Lanza creyente á la revuelta altura
Rebosando entusiasmo el corazon.

Y se posa tambien sobre la nube,
Y mide los espacios tempestuosos:
Y se asienta en el carro del querube
Que dirige los nublos tenebrosos.

Y su cántico entona dulce, suave,
Humilde y tierno, que su Dios le inspira:
Y entonces su valor mezquino sabe,
Y entonces el poder de su Dios mira.

Desata ¡oh Cielo! tu potente ira,
Que el hombre en tu furor mas te respeta:
Y mas en tu furor tambien se inspira
El corazon ardiente del poeta.

. . . . . .

. . . . . .

La tormenta cesó, plácida calma
En los espacios reina, suavemente
Va volviendo la dulce paz á el alma,
Y el dulce sueño á la abrasada mente.

Mas ¿qué rumor escucho? la puerta de mi estancia
Ha crujido. ¿Es el viento?... El huracan pasó!...
Será quizás la brisa que en su alegre inconstancia
Me avisa que la Luna al Oriente subió.

Es cierto: en mi ventana un rayo centellea...
El rumor se repite... Ha sonado una voz...
¿Quién mi puerta á estas horas afanoso golpea?
Abramos. Es un hombre! Venga el hombre con Dios.

EL BARDO Y UN CAMINANTE.

BARDO.

¿De adónde caminante tus pasos estraviados
A estas horas te echaron á mi tranquilo hogar?
¡Por Dios que traes los ojos ígneos desencajados!
Serénate viajero, que en mi cabaña estás.

¿Te asaltaron del bosque los viles bandoleros
Y quizás tu fortuna te arrancaron allí?
¿Te han robado á tu esposa los salteadores fieros?
¿O á tus queridos hijos asesinaron, dí?

¿Te serenas? ¿Sin duda al resplandor del rayo...
O al bramido del viento, entre la oscuridad...
Desbocado ha corrido tu fogoso caballo
Y te ha precipitado? Responde, ¿no es verdad?

Siéntate al fuego. Toma mi búcaro, y el dia
Espera sosegado: mas... tiemblas? Vive Dios!
Me has apagado el leño que mas airado ardia
Con el agua que vierte tu convulso temblor.

¿La estancia me examinas? Por el poder divino
Te trae desvanecido ese miedo, infeliz:
No estás en la caverna de ningun asesino,
Te hallas en la cabaña del bardo: vuelve en tí.

Serénate viajero: refresca tu memoria,
Vuelve á tu paz, y vuelve tu labio á humedecer.
Acomódate, y luego me contarás la historia
Que á mi hogar te ha traido y te hace estremecer.

EL CAMINANTE.

Yo soy un caminante aventurero,
A la vecina aldea llegué ayer,
Y hoy al amanecer en mi caballo
Salí sus bellos campos á correr.
Atravesando deliciosos huertos
Una montaña altiva divisé
Coronada de torres y de arcadas,
Y á su altura mi potro encaminé.
Ya noticias llevaba misteriosas
De aquellas ruinas; que antes escuché
A un hortelano crédulo, consejas
De allí sacadas, cándidas á fe.

—

Era la tarde, en alas de los vientos
Que desataba el abrumado sur,
Amontonadas nubes empañaron
Del bonancible espacio el limpio azul.
Cerróse el horizonte en densos nublos
Eclipsando del Sol la rica luz;
Y bajó el huracan con sus estragos
Veloz como al desierto el Semohun.

La luz de los querubes sulfurosa
Un momento los aires incendió.
La voz de la tormenta magestosa
En los espacios cálidos vibró.
Una nube mas negra que las alas
De los cuervos del monte, se paró
Sobre mí, ya las luces del crepúsculo
Iba apagando el cierzo bramador.
«Leon», gritaba á mi asombrado overo;
«Trepa á la cima, intrépido Leon.»
Y mi bravo caballo relinchaba
De los truenos magníficos al son.
Un relámpago al fin, claro, radiante,
Arcos, murallas, torres me mostró;
Apreté á mi bridon, y ya certero
A una esplanada estensa me llevó.
Por un pórtico gótico ruinoso,
A impulso entré del huracan, veloz;
Y á una inmensa y helada galería
Llegué transido, bardo, de terror.
Fuí recibido por las tristes aves
De las desiertas ruinas, y mi voz
Lanzó el «Ave María» del cristiano,
Y solo el eco flébil respondió.
Y no quedaron luego mas sonidos

Que la irritada voz del aquilon
Que bramaba ó silbaba entre las grietas
De los muros, y el triste, rudo son
Medroso, acompasado que los cascos
De mi caballo hacian. Un fulgor
Tétrico y tembloroso revestia
Aquel húmedo y largo corredor.
Al fin, tocando casi en el estremo,
Hallé un arco que daba á otra mansion.

—

Érase una rotonda negra y triste.
Un rescoldo que el viento reanimaba
Brillaba en medio; en derredor se vian
Cortezas de naranjas y manzanas.
Plumas hallé tambien de aves marinas,
Y acaso entre la tierra ví migajas
De oscuro pan. Quizás los cazadores
Sestearon allí: paseé la estancia:
Mis ropas sacudí: amarré el potro
A una rota columna que se hallaba
Al pié de una escalera tortuosa
Por donde solo el aire transitaba.
Saqué mi pan y lo tosté al rescoldo,
Y al sabroso calor, sobre mi manta
Recliné la cabeza, llamé al sueño

Que cobijó mi sien bajo sus alas.
A poco.... pero dáme, buen anciano,
Tu búcaro otra vez, dáme tu agua
Para apagar el fuego que en mi pecho
Aún el suceso misterioso labra.

Un alarido agudo, horrible, fiero
Y punzante, mi pobre overo dió.
Y este alarido sacudió mi frente,
Y al sueño de mis sienes espantó.

—

¡Ah! desperté y lo ví la crin enhiesta,
«Leon» gritéle, y desbocado huyó.
Callé y oí su apresurado escape
Que se perdió en el largo corredor.

—

Y un ambiente mas frio que el que agitan
Esos yelos del polo que huye el Sol,
En mi espantado rostro algun espíritu
Por mofa malditisima estrelló.

—

Y una manga de niebla sulfúrea
Rodó pavorosa por el caracol,
Y envuelta me trajo de las altas salas
Un raro, por cierto, fantástico son.

—

Y oí un cántico plácido, sonoro,
Era un himno á el amor de un querubin.
Y chocar escuché cien copas de oro,
Brindis al aire dar, palmas batir.

—

Luego una vóz habló dulce, suave
Eco de lastimado corazon.
Y á poco un aye que atronó la nave,
En el rumor de un trueno se embebió.

Y fué un aye de terror:
Desesperado clamor:
Aye de celoso amor
Que perdió toda esperanza.
Grito que en el alma suena,
Y que hasta el aire envenena;
Que inspira á la amarga pena
Aterradora venganza.

Y luego... ¿vísteis el desborde horrible
De bramador torrente que al abismo
Troncos arrastra y peñas, al terrible
Ímpetu de romper? Del modo mismo
Ví rodar por los rotos escalones

Del sucio y carcomido caracol,
Una manga de trasgos y visiones
En polvo envueltas con zumbido atroz.

Y en medio del tremendo remolino
Ví una imágen hermosa descender,
Y era el rostro magnífico, divino,
Rostro de ángel en cuerpo de mujer.

—

Rodó sin voluntad, arrebatada,
Juguete de aquel rápido turbion.
Y con la misma prontitud llevada
Que lleva el huracan leve vellon.

—

Y pasando esclamó la alba figura
Con eco dolorido y voz cruel:
«*Dadle á mi pobre cuerpo sepultura,*
Perdon, perdon, que yo le asesiné.»

Y las aves de la noche
dando graznidos horrendos,
repitiendo las palabras
al torbellino siguieron.

Y estático, hasta tres veces
el remolino soberbio
ví rodar por la escalera
y entrar por el mismo hueco
del oscuro corredor
un círculo describiendo,
veloz como el que describe
rueda volante de fuego.

—

Aturdido y sobre el polvo...,
bardo, caí sin aliento;
y á no ser por el calor
de aquel rescoldo benéfico
que el coágulo de mi sangre
¡ay! deshizo.... allí mis miembros
quedado hubieran exánimes
para festin de los cuervos.

—

Recuperado algun tanto
me levanté, ya el estrépito
de aquel palacio encantado
habia cesado, ya el fuego
claridad no despedia,
que amansado estaba el viento.
Seguí en las densas tinieblas

el muro del aposento,
sin oir mas que el graznido
de los azorados cuervos:
el caer de los torrentes,
y los compasados ecos
que las pesadas goteras
daban en el pavimento.
Salí á la estensa esplanada;
la Luna alumbraba el Cielo;
á su débil claridad
cogí un angosto sendero
que me condujo espantado
al dintel de tu aposento.
¡Cielos! benditas las manos
que sus portales abrieron:
bendito el búcaro limpio
que da agua al estranjero.
Bendito del Cielo seas
por el ángel, noble viejo.

BARDO.

Todas esas bendiciones
que me das, buen estranjero,
hijas de ese Cielo son,
devuélvelas á ese Cielo.

Si llamastes á mis puertas
y á tu llamada se abrieron
por mis manos, cumplí fiel
con la ley de caballero.
El que llama necesita,
quien no atiende es un perverso.
Caminante, en esta obra
ni fuí malo ni fuí bueno;
cumplí, sí, con un deber,
y el deber es lo primero:
mas aun noto en tí inquietud.

CAMINANTE.

Me aguija el alma un deseo.

BARDO.

Dílo, y si puedo saciallo...

CAMINANTE.

¿No lo adivinas?

BARDO.

Comprendo.
¿Anhelas saber la historia
del castillo?

CAMINANTE.

Vate, es cierto.

BARDO.

Pues pon atencion, que soy
poseedor de sus misterios.

I.

En esas oscuras torres
que te espantaron, un tiempo
habitaron bellas damas
y galantes caballeros.
Tuvieron por dueño al noble
don Martin Lope de Acedo,
Conde de la Verde Oliva,
y Marqués de los Enebros.
Siendo de sus cuatro hermanos
el dichoso primogénito,
á las quince primaveras
regentaba ya sus feudos.
Era de genio apacible,
dulce, y concentrado á un tiempo,
buena figura, sensible,
y con los pobres benéfico.

En Arcos de la Frontera
habitaba, y aquel Cielo
fué el único qué las alas
de sus antojos midieron.
Llegó un dia que la Corte
(que se ausentaba), en Toledo
en obsequio de sus Reyes
toros hiciese y torneos;
invitaron á los nobles,
y Lope es de los primeros.
Y á la Corte partió alegre
á ocupar su altivo puesto.
Para abreviar, en los toros
atinado anduvo Acedo;
y el torneo lo mantuvo
en un potro caballero.
Volvió á sus lares el Conde,
que las fiestas concluyeron;
mas por Dios que vino triste
cual perdidoso, no siéndolo.
Hacen de su gran tristeza
todos sus deudos comentos;
y solo aquellos aciertan
que achacan á amor su ceño.
Pasó de Arcos á estas torres

á vivir, de tiempo en tiempo
un hombre en un potro blanco
venia á verle, de Toledo,
y si le traia cartas
en cambio llevaba pliegos.
A el año, estando en sus últimos
dias el verano, se vieron
llegar á estos cerros gentes
de otras tierras, caballeros,
pajes, soldados y dueñas,
trovadores, y del pueblo
de Arcos lo mas escogido;
mas precedia á este séquito
una carroza tirada
por ocho caballos negros.
Paró el carruaje á la falda
verde, de quebrado cerro,
y de él se apeó una dama
al hacerlo un caballero.
Al ver estos personajes
«viva el Conde», con estrépito
los villanos esclamaron
dando al aire los sombreros.
Y los nobles contestaron,
«y la Condesa», á sus ecos.

En dos fogosos caballos
subieron al fin el cerro,
el Conde con doña Luz,
la perla azul de Toledo:
la doncella mas garrida
que dió bandas al torneo,
la hija del Duque del Mar,
ya esposa de Lope Acedo.
Ocho dias con sus noches
hubo en las torres festejos.
Bailes, iluminaciones
en los parques y en los huertos.
Al noveno ya el castillo
vino á quedar en silencio,
que al amanecer habian
marchado para sus pueblos
músicos y trovadores,
y damas y caballeros.
Tan solo quedó en sus torres
con su esposa y con sus deudos,
el Conde Martin y Lope
Acedo, Marqués de Enebros.

II.

La luna de miel.

Horas de amor y fortuna
quedó gozando el doncel:
gozando la bella luna,
la dulce luna de miel.

—

Todo en su agreste retiro
le brinda celeste amor:
amor exhala el suspiro
que el aura posa en la flor.

—

Amor la vid que del pino
el tronco ciñe en redor
le pinta; y hasta el espino
brota la flor del amor.

—

¡Horas bellas de la vida!
¡Horas de dulce ilusion
en que llevais engreida
la dicha del corazon!

—

¿A qué lo vestís de galas?
¿A qué lo llenais de amor,
si al cabo batís las alas
y dejais solo dolor?

—

Palomas sois, ilusiones,
que en el árbol del placer
dais armoniosas canciones
mientras no os dejais coger.

—

Aves traidoras, volad
ay! mudas á otras regiones,
sin bajar á la heredad
á cautivar corazones.

—

Cautivos tienen por Dios
los del Conde y su Luz bella.
Ay! parece que los dos
nacieron bajo una estrella.

—

¿Pero es eterno el placer?
Ah! ¡quién lo puede decir!
Vemos la rosa nacer
y al fin la vemos morir.

—

Pasaron dias i dias,
la *luna de miel* pasó.
¿Las dichosas alegrías
del Conde quién las nubló?

Una lágrima.

Una tarde al descender
el Sol entre nublos rojos,
una lágrima en los ojos,
vió el Conde, de su mujer.

—

Hallóla junto á una almena
de la torre, embebecida
oyendo una cantilena
dulce, agradable, sentida.

—

Y por cierto sorprendióla
su marido á lo mejor,
al finar el trovador
el canto de la amapola.

—

Y la voz era suave;
la voz de astuto reclamo,
al mirar posada al ave
en el mas altivo ramo.

—

Mas ay! nada comprendió
el Conde de aquel decir,
vió que su amada lloró,
y él solo supo sentir.

—

Que es puro su amor, é ignora
lo que es la vil impureza;
ay! quizás el Conde adora
una falsaria belleza.

—

Que la lágrima que vió
con los ojos del cariño,
fué la lágrima de un niño,
y como tal la adoró.

—

Estasiado la enjugaste
Conde, y calmaste su pecho
y mimada la llevaste
al descanso de tu lecho....

—

Sierpe crias, y quizás
estándola acariciando
se irá á tu cuello liando
y traidora te ahogará.

—

Y sigue con su pureza
el Conde á su Luz amando,
y su Luz le está alumbrando,
pero triste, con tibieza.

—

Y apareciendo modesta
siempre la vieron vestida
sin galas, y aun descompuesta,
y dejada, y mal prendida.

—

Un pliego al Conde entregaron
un dia, y al oir leer....
«el Rey os llama», brillaron
los ojos de la mujer.

—

«Me llama á la Corte el Rey,»
le dijo á su Luz el Conde:
y Luz solo le responde,
«D. Lope, su gusto es lēy.»

—

«¿Vendrás, Luz?» esclamó Acedo:
«que prepare una doncella
tus galas.» Y esclamó ella....
«á gusto en mis torres quedo.»

—

Y volvió el Conde á rogarla,
y Luz exhaló un suspiro,
y al fin no pudo arrancarla
de aquel agreste retiro.

—

Y apena abrazó á su esposa
el Conde, apenas partió,
la triste Luz, pudorosa,
radiante centelleó.

—

Y se tejió su cabello
de brillante orfebrería:
y puso sobre su cuello,
la perla que mas queria.

—

Y despidiendo á sus damas
por la tarde, bajó sola
al huerto, y tras unas ramas
cogió silvestre amapola.

—

Y corrió hasta el manantial
dó sus fuentes se surtian,
y descorrió su cendal
que sus ojos ver querian.

—

Y no miraron sus ojos
de la linfa los fulgores:
ni del Sol los rayos rojos:
ni las aves, ni las flores.

—

Su vista bajo un laurel
alborozada fijó,
á su pie estaba un doncel,
y era el doncel que cantó.

—

Y era el jóven hechicero
de quince abriles quizá...;
de ejercicio fontanero,
dormido el mancebo está.

—

Y lo contempló dormido,
y á un suspiro que exhaló
despertó el jóven corrido
y el sombrero se quitó.

—

Y segun cuentan es fama
si el vulgo no miente artero,
que este diálogo la dama
tuvo con el fontanero.

DOÑA LUZ.

Mancebo, queda en tu puesto,
torna á tu sueño otra vez,
que si el descanso abandonas
puede reñirme el laurel.

EL FONTANERO.

Señora, cerrar los ojos
para privarme de ver
un Sol bello, por Dios fuera
pasar de necio, par diez.

DOÑA LUZ.

Los ojos cerrar se deben
ante el Sol que fuego es....

y solamente las águilas
lo miran con altivez.
Si eres águila, muy baja
por Dios te encuentro esta vez,
que es poco para su orgullo
la sombra de este laurel....

EL FONTANERO.

¿Y si el águila está herida?...

DOÑA LUZ.

No desciende tanto á fe....
Torres tiene ese castillo
y á ellas bajara mas bien....
Mas esa herida....

EL FONTANERO.

Me abrasa.

DOÑA LUZ.

¿Es de fuego?

EL FONTANERO.

Fuego es....

DOÑA LUZ.

Pues siendo tú fontanero....
mucha agua puedes beber....

EL FONTANERO.

Señora, á beberla voy,
quedad á Dios.

DOÑA LUZ.

Julio, ten....

EL FONTANERO.

Mandad, señora....

DOÑA LUZ.

Te mando....
que cantes....

EL FONTANERO.

Cielos! no sé....

DOÑA LUZ.

La cancion de la amapola
cáusame, Julio, placer.

EL FONTANERO.

Vuestro mandato es sagrado.
Quereis cante! cantaré.

Y cantó aqueste romance
con voz sentida el doncel.

La amapola.

Pobre sencilla amapola,
ven á mi seno de amor,
que si despreciada vives
despreciado vivo yo.
¡Entre el espino te escondes
abrumada de dolor!
yo tambien vivo en el bosque
una vida sin amor.
¡Tú miras al caminante
coger lleno de pasion
las rosas, y que te dejan
á tí en tu oscuro rincon!

Yo cual tú miro adorados
á otros que el Cielo alhagó,
y me quedo entre las peñas
cual tú, desgraciada flor.
¿Tendrá la rosa garrida
que tú mas lindo color?
¿Tendrán mas que yo otros hombres
firmeza, entusiasmo, amor?
Crueles leyes el destino
á entrambos nos deparó;
sufrir y llorar es fuerza,
ay! suframos, pobre flor.
Ven á mi seno, amapola,
ven á mi seno de amor
y desahoga tus cuitas
con mi triste corazon.
Que se gocen los felices
con los que felices son,
que lloren los desgraciados
¡ay! unidos su dolor.
Y pues vives sin ventura
cual yo vivo, pobre flor,
ven, amapola, y llorémos
un mismo duelo los dos.

Y apenas el mancebo trovador
Acabó su romance de cantar,
La hermosa Luz con tierno y dulce amor,
Su amapola silvestre fué á besar.
Y el mancebo llenóse de rubor,
Y de ternura comenzó á llorar....
Que aquel beso tan lleno de pasion
Estremeció su vírgen corazon.

Y los ojos fúlgentes dió á la altura,
Y un nombre pronunció de temor lleno;
Miró las torres con feroz pavura,
Que de lo porvenir no estaba ajeno,
Y Luz la bella, amante y con dulzura
Quitó una perla hermosa de su seno
Y á Julio la entregó con la corola
De la, marchita ya, roja amapola.

Y le dijo:

Aunque ilusorias
quejas ¡ay! llores de amor,
si á llorar vas en la flor
llora sobre mis memorias.

Toma, Julio: un talisman
hallarás en esta perla...
tómala, y solo con verla
debe calmarse tu afan.

¡Al corazon me señalas!...
águila, si estás herida
la perla te da la vida,
tiende á la altura tus alas.

Mira al Sol, valiente, ufano,
y aprende que no es gran cosa
que llegue á ser mariposa
un pobre y bajo gusano.

Y el pobre mancebo llevóse temblando
La perla á los labios, mil besos le dió:
Postróse de hinojos ante Luz llorando,
Y aun diz que á la dama la mano besó.

La Luna entre tanto por el éter puro
Lanzaba sus rayos de plateado azul,

Bordando en el fondo del mataje oscuro
Los bellos contornos de Julio y de Luz.

Julio se sorprende. ¡Cielos! ¿Qué le asombra?
Tambien la Condesa su rostro inmutó.
Vieron sobre el suelo pintada una sombra,
Y oyeron mas tarde una débil voz.

Y al punto partieron los tiernos amantes
Hácia los senderos que al castillo dan;
Del laurel ya estaban entrambos distantes
Cuando al pie del árbol con triste ademan,

Se acercó un anciano, observó las flores
Del bosque pisadas, al Cielo miró;
Lanzó con sorpresa estraños rumores
Y al tronco del árbol su mano apoyó.

Y luego que estuvo triste, caviloso
La mano convulsa se puso en la sien.
Y al fin por el bosque se entró pesaroso,
El rostro tornando al viejo laurel.

Todo el bosque quedó muy desierto:
Tan solamente se oye al ruiseñor,

O del céfiro el aye que va incierto
Volando con placer de flor en flor.

Una murmuracion.

—¿No va al huerto Lope Acedo?
—Sigue cumpliendo la ley
que le ha dictado su Rey.
Aun no vino de Toledo.

—

—¿Y la Condesa su esposa
á Toledo aun no partió
á buscar al Conde?
—No,
que le es la Corte enojosa.
—Y qué ¿prefiere el desierto?
Qué hace allí tan triste sola.....
—Por la tarde una amapola
baja á coger á su huerto.

—¿Y las noches tan pesadas
del invierno, sin su amor,
cómo las pasa?
—Mejor
que allá en las regias moradas.
—¿Cómo?...
—Su gusto mayor
es sentarse junto al fuego
y escuchar el canto luego
de un sentido trovador.

—

—Maniática es la Condesa.
¿Y ese trovador será?...
—Oh! no se sabe mas ya...
lo hace sentar á su mesa.
—¿Y lo sabe el de Toledo?
—Está léjos, en la Corte
y al fin aquí su consorte
busca compaña, por miedo.
—Pues si llegara á venir...
y viera á su esposa...
—Qué!
por Dios tenemos á fe
prurito de presumir.

Siempre el discurso adelante
de lo que vemos llevamos,
y mil veces nos erramos.
—Julio de Luz será amante?...
¡Ay! ¡pobre del buen Acedo!
Cada minuto que corre...
—Tengamos el labio quedo:
gocen los dos en su torre
y el buen don Lope en Toledo.

III.

Consejo de un padre.

Érase una noche: Octubre empezaba,
Las primeras gotas se oian caer
Del áspero invierno; el cierzo bramaba,
Las cálidas hojas del campo arrollaba
En sus torbellinos con fuerza crüel.

—

Al pie de las torres de don Martin Lope
Un huerto pequeño, como en ilusion,
Mostraban los lampos, y un hombre á galope
En él entrar vieron en fuerte troton.

—

En medio del huerto una choza habia
Bajo seis almendros plantados en cruz.
Dentro de la choza bien se distinguia
En el negro espacio una débil luz.

—

A poco, una sombra á la luz se opuso,
Y era la de un hombre, bien la dibujó
El fondo radioso de fuego, y confuso
Despues otro bulto que ecuestre llegó.

—

Y los dos entraron, y el caballo el huerto
Corrió, que su estancia no olvidaba fiel:
Todo á poco rato se quedó desierto
Y cerró la noche en crudo llover.

«Bien venido, Julio,» dijo
German el viejo montero
de los cotos y los bosques
de don Martin Lope Acedo,
que fué la sombra que estuvo
opuesta á la luz primero.
«Buenas noches, padre mio,»
le contestó el fontanero,
que ha sido el hombre que vimos
llegar allí caballero.
Se sacudieron las ropas,
contempláronse en silencio;

y así que el viejo German
echó en el rescoldo un leño,
de esta manera le habló
al pensativo mancebo.

—

GERMAN.

Esta noche hace un mes fijo
que no te vian mis ojos
aquí, no. ¿Tienes enojos
con tu padre? dílo hijo.

—

La fuente del Carrizal
se ha obstruido; del capricho
del jardin, lo mismo han dicho:
¿no cuidas ya el manantial?

—

¿Sobre qué has puesto tu afan?
¿ese es modo de servir?
¿te he enseñado yo á cumplir
así, con quien te da el pan?

—

¿Porque el Conde ausente esté,
se estravía el fontanero?
¿No se respeta ya el fuero
sagrado de el *que se fué*?

—

¿Qué agencia te ocupa, dí?...
¿desde la ausencia del Conde
dónde te escondes, en dónde?
¿por qué no vienes aquí?

—

¿Abandonas el hogar
donde te meció tu madre,
y no vienes de tu padre
la débil mano á besar?

—

Del Sol al fulgente brillo
de lejos te he distinguido
subiendo alegre, engreido
los senderos del castillo.

—

¿Qué te puede allí llevar,
vil gusano despreciado?
¡Oh! ¿por ventura has soñado
de que puedes titular?

—

Yo soy un pobre montero;
tu madre fué pobre honrada,
tú eres en el mundo... nada,
un infeliz fontañero.

—

¡Ay del pobre que al soñar,
otra esfera necio asalta!
¡Infeliz del pez que salta
de las aguas de la mar!

—

Julio... deja la ilusion
que te aparta del deber,
y aprende que la mujer
es la hoz de la razon.

—.

Oh! calla, no me repliques,
era una noche, te oí...
con ella luego te ví...
no es preciso que te espliques.

—

A la sombra de un laurel
de la Luna á los fulgores,
no tratan sino de amores
una dama y un doncel...

JULIO.

Padre, os juro por la Cruz...

GERMAN.

Calla, cállate, cruel;

sé que tú eras el doncel
y la dama Doña Luz...

—

Sé que huiste de mi sombra;
si no pecábais allí...
¿á qué huistes, á qué, dí?...
al ladron todo le asombra.

—

Y allí, vil hijo, robabas
la viña de tu Señor,
y allí su esquilmo mejor
con planta imbécil pisabas.

—

Ya montado el arcabuz
por dos ocasiones tuve;
ladron, solo me contuve
de dar la luz por la Luz.

—

Ay Julio! ante un crucifijo
te juro que no miré...
al encontrarte allí, que
eras mi sangre, mi hijo...

—

Que ahogaron mi corazon
dos odios en la hora impía,

pues miré la sangre mia
por las venas de un ladron.

—

Tu madre que dió al Eterno
su aliento, ¿qué te enseñó?
¿qué consejos te leyó
allá en las noches de invierno?

—

¿Qué licor te dió su seno....
dí, para hacer tus entrañas?
¿Acaso crió alimañas
un pecho que era tan bueno?

—

Dí, Julio, ¿en qué religion
ay! tu madre te ha nutrido?...
¿Por dónde el mal ha caido
dentro de tu corazon?

—

JULIO.

Padre, mi triste ventura....
mi juventud, mi candor
me arrastraron al amor
de esa encantada hermosura.

—

Un rostro celestial ví:
un talle lindo miré:
armónica voz oí,
y un ángel en sueño amé.

—

Amé el aire que flotó
en la veste que llevaba,
amé al Sol que la alumbraba,
amé al césped que pisó.

—

Y así que la ví pasar
en suspension me quedé!
Quise hablar, y no acerté:
tan solo acerté á llorar.

—

Y siguió mi pensamiento
atónito esa vision,
cual sigue una exhalacion
que atraviesa el firmamento.

—

Y se vió tan lejos de ella,
ay! colocado mi anhelo....
como mira desde el suelo
el hombre, la hermosa estrella.

—

Sentí en el alma un dolor
que comprender no podia:
ay, padre! yo no sabia
que estaba enfermo de amor.

—

Y ese amor me hizo terrible...
ay! me hizo delirar
y me condujo á mirar,
padre, el crímen mas horrible.

—

Sabeis que soy trovador;
siempre que á Luz encontraba
con triste acento cantaba
trovas de inefable amor.

—

Y mi entusiasta armonía,
al fin llegó á conmover
el seno de la mujer
á quien mi afan dirigia.

—

Y aquella noche fatal,
padre, de tan mala estrella,
ay! vino á buscarme ella
á orillas del manantial.

—

Allí á solas estuvimos;
allí á solas nos hablamos;
y aunque al fin nos comprendimos...,
padre mio, nos respetamos.

—

Y amé con ciega pasion
mi bien hallada ventura....
ay! la amé, con ansia pura,
con todo mi corazon.

—

Y yo, el pobre fontanero....
seguí do quier la Condesa....
y hasta me sentó á su mesa
como al mejor caballero.

—

GERMAN.

Pues ya es tiempo (á tu pesar)
que esa pasion se contenga.

JULIO.

Eso es decirle que tenga
quietas sus ondas al mar.

El torrente desbordado,
dí! ¿se contiene á sí mismo?

GERMAN.

No; pero cae al abismo,
á el que vas tú apresurado.

JULIO.

Por la gloria de mi madre,
decidme, ¿qué debo hacer?

GERMAN.

Olvidar á esa mujer,
de una vez.

JULIO.

¿Qué decis, padre?

GERMAN.

Digo que juntos los dos
os hareis desventurados;
y que sereis castigados
por providencia de Dios.

—

Que el tiempo todo lo aclara;
que se romperá el arcano....
y no quedará un villano
que no te escupa á la cara.

—

Julio, que el mas noble amor
que el hombre debe tener.....
no es, hijo, el de una mujer,
que es el del sagrado honor.

—

Si vendes por un placer
la honra de tu señor,
y le das fiero dolor
cuando él te da de comer...

—

¿Qué dirá el mundo de tí?
Que fuiste vil, mal nacido
y sin ley, como un bandido;
y algo me tocará á mí.

—

Y postizo caballero
honra nunca has de tener,
y entonces vendrás á ser
mas bajo que fontanero.

—

Y si llegase á probar
tu infamia el hidalgo Conde....
¿dónde irá su furia, á dónde?
á entrambos os hará ahorcar!

—

JULIO.

¿A ella tambien, padre mio?
siendo tan bella.... no! no!...
morir ella, Cielos! oh!...
¿por mi culpa?... No!... os lo fío.

—

Abandonaré su lado,
abandonaré mi hogar....
ya puedo yo pelear,
y me haré, padre, soldado.

—

GERMAN.

Útil serás para el Rey
con esas fieras pasiones,
defendiendo sus pendones,
haciendo guardar su ley.

—

Y si mueres en la accion
ceñirá tu helada frente,
la corona del valiente
no el sudario del ladron.

—

JULIO.

Oh! sí, padre, tus razones
á mi razon dieron brillo....
sí, tú has deshecho el castillo
de mis viles ilusiones.

—

Quede la Luz con su albor:
contenga el vulgo su lengua:
quedes tú, padre, sin mengua,
y Don Lope con honor.

—

Quede yo entonces así
como servidor honrado....
y quede tambien pagado
el pan que al Conde comí.

—

Luz, tu rayo me cegó;
pero benéfica nube
opuso al fuego un querube
ay! que de arder me libró.

—

Mañana pediré á Acedo,
pues acaba de llegar,
licencia para marchar
como soldado á Toledo.

—

Viles afectos traidores,
sucumbid á los deberes:
morid, nefandos placeres;
salid de mi seno, amores.

—

Y quede, querido padre,
libre ya de esa pasion,
sin mancha mi corazon,
como lo nutrió mi madre.

—

Dáme tu mano á besar:
¿dormirás tranquilo?

GERMAN.

Sí:
no esperé menos de tí....
ven, que te quiero abrazar.

—

Ayer fuiste bandolero
al faltar á tus deberes,
y en este momento eres
buen hijo y buen caballero.

—

Mas dí, ¿será del momento
esa decision honrosa?

¿No te vencerá la hermosa?

JULIO.

Lo haré bajo juramento.

—

Venid, sobre el mismo lecho
dó murió mi buena madre,
por su alma os lo juro, padre,
con mi diestra sobre el pecho.

—

GERMAN.

Basta.... marcha á descansar
y la paz te brinde un sueño
puro, noble y halagüeño.
Ya puedo al fin respirar.

Y quedó alegre y ufano
dormido al fuego German,
y el mancebo retiróse
á su lecho á descansar.

IV.

Entrevista.

En una sala cuadrada
sentado está en un sillon
de cojines grana y oro,
Don Lope, que al fin tornó
de Toledo, y á su lado
en otro, fingiendo amor,
la hermosa Luz le está dando
amena conversacion.
—«Lope», la hermosa decia,
«ya mi llanto se secó,
»puesto que á mis brazos tornas
»cual fuiste, lleno de amor.
»Un mes ausente has estado,
»¡un año me pareció!
»De importuno achaqué al rey
»que allí tanto te ocupó.»

—«Luz hermosa de mis ojos»....
deciale con amor
Don Lope: «querida mia,
»tú no sabes el dolor
»que en la ausencia ha estado hiriendo
»este amante corazon.
»Que mustio como la planta
»que no ve la luz del Sol,
»sin ver el Sol de tu rostro
»triste me he encontrado yo.
»Que tus ojos de paloma
»que lanzan rayos de amor,
»me vivifican, me alientan,
»como el rocío á la flor.
»Mas ya pasaron los dias
»que el destino nos nubló,
»y el Oriente despejado
»dias nos augura de amor.»
En esto un paje á la puerta
audiencia al Conde pidió:
y entró, estando concedida....
¿Quién será, que se inmutó
la Condesa, y con las manos
la pálida faz cubrió?
Fué el fontanero que al lado

del Conde Acedo llegó,
y hablaron de esta manera
los tres: el Conde empezó.

EL CONDE.

Dios te guarde, fontanero.

FONTANERO.

Él conserve á mi señor.

CONDE.

¿Tú por aquí, trovador?
¿Qué nuevas vienes á dar?

FONTANERO.

Mi señor, la bienvenida;
y al mismo tiempo á deciros
que anhelo vénia pediros....

CONDE.

Para qué?

FONTANERO.

Para marchar.

CONDE.

A la aldea?

FONTANERO.

No señor.
Cavilo en mi soledad,
que voy creciendo en edad
y en fortuna poco á fe.
Ser fontanero, he pensado
que es para ancianos, y así
el oficio de soldado
convenirme imaginé.

Pálida Doña Luz, con amargura
El rostro del mancebo contempló.
Miróla Acedo, y Luz su vestidura,
Sonriéndole á Lope, desgarró.

CONDE.

¿Con que te parece poco
ser fontanero, mancebo?

Vamos, á pensar me atrevo
que te conduce tu afan,
siguiendo tras los pendones
de tu Rey enardecido
á tornar tras cien acciones
laureado de capitan.

—

Esa ambicion es loable,
y en vez de arrojar por tierra
tu ilusion.... parte á la guerra
te digo, á las lides vé.
Julio, ahora estás en la flor
de tu juventud, y ahora
te hallas en la mejor hora
de asegurar tu vejez.

—

Y tu padre, el pobre viejo,
tu pensar habrá aprobado,
que es tu padre muy honrado
y todo lo noble amó.
Vé, y díle á German que cuente
con mi amparo, y que ninguna
traba para tu fortuna
dejaré se oponga, yo.

—

Y quiera el Cielo piadoso
que al vestir el noble acero,
te alumbre el bello lucero
del valor y la lealtad.
Vé, Julio, te lo concedo,
y cuando tu pecho vaya
ciñendo la honrosa malla,
profesa fidelidad.

—

FONTANERO.

Por fiel, á la guerra parto,
señor Conde, pues anhelo
pagar, bien lo sabe el Cielo,
lo que de vos recibí.
Y no es pago de la deuda
á que me encuentro obligado:
es el pago noble, honrado,
del corazon que hay aquí.

Doña Luz levantóse de repente,
Y se asomó temblando á la ventana,
Y al pasar ante Julio, velozmente
Clavó sobre él una mirada insana.

Luego tornó al sillon y complaciente
Esclamó: «¡Qué hechicera, qué galana
»Del horizonte oscuro lenta sube,
»Aquella blanca y sonrosada nube!

—

Miróla el Conde, y prosiguió la hermosa:
«Lluvia traerá escondida en sus colores,
»Viene á regar con intencion piadosa
»Del campo yerto las marchitas flores.
»Mas... ahora por la flor, pienso una cosa.
»Fontanero... ¿te vas? fuerza es demores
»Tú marcha...»—El Conde con afan miróla.—
«Quiero aprender el canto á la amapola.»

Y el Conde á Julio dijo: «La Condesa
»Quiere aprender el canto que te ha oido:
»Juzgo que no tendrás, mancebo, priesa,
»Y marcharás despues que esté aprendido.»

—

Y Julio enmudeció mirando al Conde,
Y la Condesa replicó: «Mancebo,
»Te quedarás aquí? Julio, responde...
»A detenerte yo, jamás me atrevo.

»Mas si es tu voluntad, buen fontanero,
»Detenerte unos dias, así sea.
»Y si decides ven, que aquí te espero
»Cuando toque las ánimas la aldea.»

—

Y el fontanero concedióle el ruego
Al ángel tentador, y horrorizado
Salió del camarin, convulso, luego
De haber la mano del señor besado.

—

Y el Conde con su Luz quedó embebido
En coloquio de amores, y el sendero
Tomó del bosque triste y distraido
El honrado y virtuoso fontanero.

V.

El Amor.

Niño pintan al amor,
desnudo, inocente y ciego.
Por Dios que desacertados
los pintores anduvieron.
Un niño no vence á un hombre;
un desnudo no es soberbio:
un inocente no ofende,
ni acomete audaz un ciego.
Y es el amor un poder
que echa por tierra un imperio:
es mar soberbio que inunda,
es rayo que abrasa un Cielo,
y es un árgos basilisco
que mata, al mirar, certero.
Mas ¡ay! veo que delirante
se me ofusca el pensamiento

bajo el influjo malvado,
caminante, de mi cuento,
y lo inicuo y lo deforme
saco de lo puro y bello.
Mi pié corre á la ventura,
sin norte, con paso incierto,
pisando las bellas flores
de nuestro triste sendero.
Que es el amor en la vida
del Sol el sagrado fuego;
el aura de la esperanza;
el manantial del sediento;
el rocío matutino;
de paz el astro benéfico;
el árbol que esparce sombra
en el cálido desierto.
Así el Conde lo ha mirado,
así lo abriga en su pecho,
así adora su ventura,
así á su Luz ama ciego.

—

Mas ¡ay! que aquestos amores
no tienen el mismo eco
de paz, dulzura y de dicha
de Luz en el duro seno.
Que en ese amor ve una nube
que le oculta su Sol bello :
un lazo que lá cautiva,
mordaza de su deseo.
Ave caprichosa gime
queriendo lanzar su vuelo
á otra region mas alegre,
bajo otro ilusorio Cielo,
á otros bosques mas floridos
que sus antojos mintieron ;
agita ardiente sus alas,
y en su colérico empeño
ve que sus pies han echado
hondas raices de hierro.
Así, leona furiosa
en su jaula está rugiendo,
devorar queriendo acaso
el corazon de su dueño.

—

Doña Luz ama con furia
al mancebo fontanero,
y una mujer decidida
á salirse con su empeño
es temible cual los ímpetus
del mar, del viento, del fuego.
De la maldad ha pisado
Luz el escalon primero,
que á un mancebo ha dado citas
en ausencia de su dueño.
Julio se halla arrepentido,
y anhela poner remedio
á su baja villanía,
que Julio es de honrado pecho.
¡Ay! quizás este desvío
combustibles eche al fuego,
que la Condesa ha encendido
en su corazon protervo.

Ante don Lope á su amante
citas le ha dado de nuevo,
miradas le echó de ira,
y con halago violento
á su esposo le ha mentido
antojo pueril; y el bueno,
el noble esposo ha apoyado
la pretension de su empeño.

—

Cielos! cuántos hombres hay
en este mundo perverso
que sufren este ridículo
por ser demasiado buenos!
Con sus alas Doña Luz
corriendo va como un ciego
por el borde ruinoso
de horrible despeñadero.
Las pasiones la halagaron
y necia adoró sus ecos;
y mariposas juzgándolas
abrigo les dió en su seno.

Mas ¡ay! largaron sus alas
dando armoniosos concentos,
y en su corazon volcánico
anidaron y crecieron;
y ya son, pobre mujer,
culebras viles de fuego,
que se devoran, lanzando
odio, crueldad y veneno.
¿Quién puede cortar el daño?
Tan solo el poder del Cielo.
¿Y el Cielo por qué no toca
ese corazon perverso?
Porque el Cielo deja obrar
para dar castigo ó premio.

VI.

Inquietud.

Ceñida de flores
gallarda y gentil,
Doña Luz la bella,
sobre ancho cojin
que cubre arabesco
morado tapiz,
se halla recostada
en su camarin.
Unas veces finge
que anhela dormir:
otras se levanta,
pues piensa el oir
pasos mesurados;
tal vez parte á abrir
la puerta, creyendo
ver entrar al fin

al hermoso Julio,
al cantor feliz.
Un doble ha traido
el aura sutil,
de la aldea vecina;
Julio ha de venir.
Corre á la ventana,
vuelve á su cojin,
y torna á la puerta,
y no la ve abrir....
Mas ¡Cielos! se inmuta,
va al espejo; allí
se mira, se palpa,
y echa á sonreir,
que se abrió la puerta...
y Julio entró al fin.

VII.

Pasion y orgullo.

DOÑA LUZ Y EL FONTANERO.

DOÑA LUZ.

Las ánimas han dado ya en la aldea;
Mucho ha tardado el trovador ingrato.

FONTANERO.

Oscura está la noche, y los senderos
Del castillo, señora, son peñascos.

DOÑA LUZ.

¿El ruiseñor no va de peña en peña
Para cantarle, dí, á su bien amado?

FONTANERO.

Señora, la querencia de su nido
Lo lleva con valor estraordinario.

DOÑA LUZ.

Querencia tambien tiene la palabra
Que á una dama le entrega un castellano;
Y á lo que dices de su nido, Julio,
Mi silencio por Dios te dirá harto.

FONTANERO.

Doña Luz, los ensueños deliciosos,
Los antojos de amor, viles, livianos,
Que un genio de maldad me inspiró un dia,
Para siempre, señora, ya pasaron.
Niño tierno, inocente, con soberbia
Miré al Sol de la altura temerario,
Y su encanto condújome afanoso
A tocar su diadema, necio, ufano.
Sus rayos, Doña Luz, vivos, radiantes
La frente y corazon ¡ay! me abrasaron,
Y de él huí, señora, arrepentido
Otra vez á mi cieno, á contemplarlo.
Recibiré sus luces desde lejos,
Y desde lejos amaré sus rayos;
Pero atentar, tocar á su diadema,
Ni está en mi mano ya, ni está en su mano.
La flor que yo soñé de mis amores,
Que elegí en mi pasion enamorado,

No estaba en un sendero, no es silvestre,
Tiene su jardinero, tiene un amo.
Que la goce feliz en sus jardines
Si el Cielo se la dió por halagarlo.
Que viva en su pensil la flor hermosa,
Que la columpie el aura en sus halagos
Al Sol de su gallarda primavera
Vírgen, sin mancha, en su elegante ramo.

DOÑA LUZ.

¿Julio, qué esplicaciones son aquesas?
¿Cómo se atreve el infeliz gusano
A despreciar el trono de las nubes
Que el águila caudal solo ha ocupado?
¿Pensaste acaso, miserable, díme,
Que es tierno amor un pasajero halago?
¡Un capricho fugaz! Buen fontanero,
Despiértate por Dios de ese letargo.

FONTANERO.

¿Con que fué sueño mi ilusion dichosa?
¿Con que al fin soy, señora, vil gusano?
¡Maldito mi soñar tan venturoso!
¡Maldita la ilusion que me ha engañado!
Pues bien, ya confesar quiero mi yerro.

Yo soñé que ocupaba un trono ufano
En ese corazon que me inspiraba
De dulce amor indefinible encanto.
Yo os adoré con la pureza misma
Que adora el niño tierno el seno blando
De su querida cariñosa madre:
Yo en vos hallé de mi fortuna el astro:
El ángel bienhechor que conducia
Por los placeres mis turbados pasos.
Si me engañé, por Dios, señora mia,
Que aplaudo con placer mi torpe engaño:
Que el corazon de una mujer, señora,
No es posible que tenga, no, dos amos.
Mas ¿llorais, Doña Luz? ¡ah! ¿quién os mueve
Ese rico, inefable, hermoso llanto?

DOÑA LUZ.

Dáme tu mano, al corazon me toca...
¿Qué te dice el latido?

FONTANERO.

¡Cielo santo!

DOÑA LUZ.

Niño hermoso, tu amor ha sido un eco

Que en mi pecho sentido ha resonado,
Y si te dije que no amé, mentia,
Porque, Julio, ¡gran Dios! yo... te idolatro.

FONTANERO.

¡Ah!

DOÑA LUZ.

Ya lo sabes, pobre fontanero,
Ya te lo ha dicho con valor mi labio.
Esa palabra que salió no vuelve,
Tan solamente tú la has escuchado.
Si me adoras, enciérrala en tu seno,
Si me desprecias... ¡ah! tiembla, villano.

FONTANERO.

Vuestra palabra no posó en mi oido,
Derecha al corazon partió quemando;
En él está, y os juro, por el Cielo
No ha de salir de él, que soy honrado.
Esa palabra morirá al par mio
Atravesada por el mismo dardo
Que me dispare en las sangrientas lides
La mano sanguinaria del contrario.

DOÑA LUZ.

¿Y permaneces en marchar? ¡ah! Julio...

FONTANERO.

Desde mañana voy á ser soldado.

DOÑA LUZ.

¿Y me dejas en triste desconsuelo?

FONTANERO.

El Conde os ama con fervor insano.

DOÑA LUZ.

No profieras tal nombre...

FONTANERO.

¿No? señora,
Ese nombre debeis idolatrarlo.

DOÑA LUZ.

Calla, cruel, su nombre me amedrenta.

FONTANERO.

A mí tambien, señora, horrorizado
Ese nombre me tiene; mas ahora

Somos ambos á dos pobres esclavos
Comprados con amor, no con vil oro,
Y es de nuestro deber el acatarlo.

DOÑA LUZ.

Y el amor que con loco desvarío
Por toda mi existencia te consagro...

FONTANERO.

Si fuera vuestro solo, lo admitiera;
Pero teniendo dueño lo...

DOÑA LUZ.

¿Malvado,
Así te burlas de mi afan? ¡Impío!
¿Me desprecias así, pecho de mármol?
¿Cuándo pudiste tú, ni en loco sueño,
Llegar á discurrir volar tan alto?
¿Sabes quién te dirige estas miradas?
¿Sabes quién hácia tí tendió los brazos?
¿Sabes tú de quién fué la voz valiente
Que te dijo estasiada «te idolatro?»
Infeliz fontanero, de una dama,
De una mujer poseida de entusiasmo,
De una altiva Condesa que pudiera

Convertirte en ceniza como el rayo.
Doña Luz, la que miras tan humilde,
Hasta coronas de oro ha despreciado;
Y ha hecho con su mirar tan solamente
De una Reina, poner el rostro pálido.
Galanes, mas que abejas á las rosas,
Al dintel vi llegar de mi palacio,
Y aventureros trovadores, miles,
Al pié de mis ventanas ¡ay! trovaron.
Llevé el aplauso en la imperial Toledo;
La perla azul los nobles me llamaron.
¿Y ese orgullo que llevo por dó quiera
Vas con tus rudas manos á quebrarlo?
¡Ay! si venciera al corazon la mente...
Llamaria al mas vil de mis criados,
Y por esa ventana te arrojara
A que te dieran tumba los peñascos.
Pero no, yo te adoro todavía
Aun á pesar de tu desvío bárbaro.
Y si mi orgullo clama «dále muerte...»
El corazon me grita, «mujer, ámalo.»
Porque te adoro con vehemencia, Julio,
Porque con tu mirar me has cautivado;
Porque con tus encantos, te lo juro,
Mancebo celestial, me has hechizado.

Mas te adoro que el céfiro á las flores;
Mas que el ciego á la luz, mas te idolatro
Que la tórtola cándida del bosque
Pudiera idolatrar su dueño amado.
Que tú me alegras mas que el Sol al dia,
Mas que á la desposada el dulce tálamo:
Mas que le alegra de su amada patria
El recuerdo feliz al desterrado;
¡Aquí nací, bajo arteson de oro!
¿Por qué, infeliz de mí, volé tan alto?
¡Cuán feliz me encontrara si mecida
Hubiera sido en un rincon del campo!
Sí, que entonces jamás el noble Conde
Hubiera pretendido ¡ay Dios! mi mano,
Y solo tú, amor mio, fueras dueño
De aqueste corazon que te consagro.
¿Qué me sirven riquezas? ¿Qué las galas?
¿Qué las perlas que ciño? ¿De qué el fausto?
Si aunque adorne mi cuello, está desnudo
De dicha el corazon sin lo que amo!
Mis blondas las trocara por tus lienzos;
Mis perlas por las flores de tu prado;
Y mis honores todos, Julio mio,
¡Ay! por solo una caricia de tus labios.
Ya sabes la pasion irresistible

Que arde en el corazon que te ama tanto.
Díme que me idolatras, Julio mio.

FONTANERO.

¡Que os lo diga!

DOÑA LUZ.

Sí, Julio, y denodado
Mándame aborrecer este castillo,
Y lo aborreceré; pon en mis manos
La tea que convierta sus almenas
En cenizas, y al punto, como el rayo,
Dejaré en su lugar negros carbones
Que horroricen tan solo el contemplarlos.
Y luego díme: «Luz, ven con tu amante.»
Y alegre seguiré dó quier tus pasos,
Y aunque á un desierto triste á tu Luz lleves
En él sabrá lanzar brillantes rayos.
¿Conoces ahora mi pasion, mancebo?
¿Puedes ya comprender lo que te amo?

FONTANERO.

Lo comprendo, señora, mas el Conde...

DOÑA LUZ.

Siempre sale esa sombra á separarnos.

FONTANERO.

Si fuérais libre, cual la vírgen tórtola
Que vuela sin amor de ramo en ramo,
Os dijera: «Paloma, este es mi nido,
Goza de su calor, ven, que te amo...»
Pero la sombra que horroriza...

DOÑA LUZ.

Julio...
¿Si no tuviera, como dices, amo,
Me amarías?

FONTANERO.

Señora, con la vida.

DOÑA LUZ.

¿Si esa sombra que empaña nuestro hado
Desvanecer la viéramos cual niebla
A los rayos del Sol...

FONTANERO.

¡Oh! de contado
Os amara.

DOÑA LUZ.

Pues bien (soy venturosa),

Mañana volverás, aquí te aguardo.
(Fantasma del crepúsculo sombrío,
Cae desmayada al aterido ocaso,
Sepúltate en los mares del olvido,
Que el alba de mi amor su luz ha dado.)
Mañana en estas horas, vuelve, vuelve
Y en práctica pondrémos el ensayo
De la cancion.

FONTANERO.

Quedad á Dios, señora.

DOÑA LUZ.

A Dios, Julio; á estas horas...

FONTANERO.

Bien.

DOÑA LUZ.

Te aguardo.

Y partió al punto confuso
á su choza el fontanero,
y Doña Luz recostóse
en su cojin, en silencio.
Dió luego risa sarcástica
que en convulsion fué rompiendo,
y habló palabras sin órden,
con descompasados ecos.
Y mas tarde vino el Conde,
y Luz con rostro sereno
platicó con él de amores
hasta que al lecho partieron.
Y diz que en toda la noche
rindió sus ojos al sueño,
y febril, convulsa y pálida,
la halló el dia; y de su lecho
saltó antes que su esposo;
partiendo con torvo ceño
á la ventana, que daba
al huerto del fontanero.
Todo el dia concentrada
en su camarin la vieron,
como el ave que en prisiones
medita tomar el vuelo.

—

El incendio.

Era una noche sombría
de tempestad y medrosa,
de esas noches que el malvado
pone rezos en su boca.
Zumbaba con furia el viento
estremeciendo las rocas;
tronaban las negras nubes
entre luminosas orlas.
Al pie del castillo vióse
una luz, y á pocas horas
una llama, que mas tarde
formó una hoguera espantosa:
y fué tomando incremento,
y al bosque las llamas rojas
llegaron, y horrible incendio
estalló al fin. Las añosas
encinas, cual blandas cañas
caian al polvo rotas,
y las peñas atronando
desmoronábanse todas.

Los varones del castillo
bajaron, y á la luz roja
que aire y nubes coloraba,
distinguiéronse dos sombras
sobre un muro de la torre:
y eran D. Lope y su esposa
que el espectáculo horrible
contemplaban allí á solas.

Un hombre mas tarde llegó ante los dos;
Un ay! de sorpresa lanzó la mujer,
El Conde Don Lope desapareció,
Las ánimas suenan y un aye cruel,
Y un grito dió el hombre que llegó tambien.
Y el hombre era Julio, y arrojarse quiso
Por el caracol;
Y Luz con fiereza del cuello lo hizo,
Y lo arrodilló.
Y mostróle luego un hueco en un muro
Que higuera silvestre frondosa cubria,
Y á modo de un pozo sin límite, oscuro,
El pobre mancebo temblando veia,
Y nada de aquello Julio comprendia.

Y escuchó un quejido
Que de lo profundo ahogado salia,
Y aplicó el oido
Con solicitud,
Y oyó que decian en el fondo, «Luz».
Y el mancebo esclamó: «¿Dónde está el Conde?»
Y á lo profundo Luz le señaló.
«Don Lope», gritó Julio: «¡No responde!...»
Su esposa Doña Luz le asesinó.

Y creció mas el incendio,
y alumbró su resplandor
el rostro de Doña Luz
desencajado y feroz.
Temblorosa y palpitante,
desesperada lanzó
mil maldiciones mezcladas
con voces de dulce amor.
Y ya lloraba sin lágrimas,
y al Cielo pedia perdon,
ó las furias del infierno
evocaba en ronca voz.

Al fin una carcajada
estrepitosa lanzó,
y asida á Julio, la escala
con velocidad bajó.
Y lo llevó sin hablarle
á un elegante salon,
al salon de los festines,
de los placeres mansion,
y allí de aquesta manera
desatinada le habló.

LUZ.

Libre soy como el viento de los campos:
Las cadenas que echaron en mi cuello,
Estas manos que ves tan delicadas
Con entusiasmo ardiente deshicieron.
La sombra que á tus ojos se oponia
Amenazante, con aspecto fiero,
No volverá jamás á presentarse;
Las aguas del olvido la sorbieron.
No existe ya el estorbo que cortaba
De nuestro amor el celestial sendero.
Díme qué puedo hacer ya, Julio mio?
Díme qué habrá que hacer, mas de lo hecho?

Julio se hallaba reclinado, absorto,
En el ancho espaldar de oro y de cedro
De un sillon elegante, con las manos
Su rostro helado de pavor cubriendo.
Levantó la cabeza lentamente,
Miró en redor i con sentidos ecos
Así dijo:

—Señora, ¿dónde, dónde
El Conde mi señor está? yo anhelo
Verle, verle, y besarle aquellas manos
Que tantos beneficios concedieron
Al pobre Julio. ¿Dónde está, señora?
A ver si lo que sufro es loco sueño.

LUZ.

¿Verlo quieres? Pues bien.... mas antes mira
Este salon magnífico, soberbio,
Con esta mesa de primores llena.
Toma un jarro, el Borgoña, Julio, bébelo,
Y dí con aire de completo triunfo
Brindad, vasallos, por el nuevo dueño.

FONTANERO.

¡Nunca, señora!... ¿Vuestro esposo dónde
Se oculta, que impaciente no le veo?

LUZ.

Pues te empeñas en verle, ven idiota,
Escarba en ese muro como un perro,
Y si aplicas tu olfato á los escombros
Darás con su cadáver; llega, presto,
Da con el pie á esa clásica figura
Que está en ese tapiz, rompe esa Venus,
Y caerán cien ladrillos, y pasmado
Verás, Julio infeliz, todo el secreto.

FONTANERO.

Pues qué!...

LUZ.

Tras esa Venus, hay tabique...

FONTANERO.

Y bien, señora, y qué!...

LUZ.

Que cubre un hueco,

De adonde se sacaron, segun dicen,
De empaderados miserables restos,
Y comunica con la torre altiva
Do el precipicio te mostré cubierto
Con la higuera silvestre.

FONTANERO.

¡Cielo santo!

LUZ.

¡Al Cielo invocas! ¿para qué? al infierno.

FONTANERO.

¿Y decís de que el Conde fué caido
Por aquel precipicio?

LUZ.

No, mancebo:
No fué caido, no, que fué arrojado.

FONTANERO.

Maldicion!

LUZ.

Sobre tí... lancen los Cielos.

FONTANERO.

Pues bien, señora, á libertarle voy,
Que aun podrémos quizás llegar á tiempo.

LUZ.

¿Y tú te atreverias miserable?...
Ahí le tienes, escarba, fiel sabueso.

Y partió Julio hácia el tapiz, mas ella
Le detuvo, sacando agudo acero.

LUZ.

¿Qué vas á hacer?

FONTANERO.

A libertar al Conde.

LUZ.

Antes este puñal caerá en tu seno
Que llegues á tocar en los tapices....

FONTANERO.

Doña Luz! Doña Luz! Valedme Cielos!

Y cayó de rodillas suplicante
Horrorizado el pobre fontanero.

Entonces Doña Luz con calma helada
Un sitial arrimó ante la Venus.
Con frialdad asentóse y luego puso
La mano en la megilla, y en silencio
Gran intervalo estuvo contemplando
En amoroso estasis al mancebo.
Escena horrible que inspirara acaso
La maldiciente furia del infierno.
Julio al fin sacudió fiero, el letargo,
Y de sus sienes apartó el cabello.
Y magestoso ante la vil Condesa
Situóse profiriendo estos conceptos.

FONTANERO.

Señora, que gota á gota
la sangre que derramaste
del esposo que te amaba,
caiga en tus labios infames.
Que pase de allí á tu lengua,
y que se pegue á tus fauces,
y á tu corazon, amarga
y candente al fin se baje.

Y allí con ecos terribles
con tus intenciones hable,
y que aun en medio del sueño
con amargura te llame.
Y vean tus ojos sangrientos
en los árboles su imágen;
en tus espejos, su rostro;
en tus galas su semblante,
en el Cielo, en los abismos,
en las sombras y en los aires.
Creas el soplo de las auras
que por tus sienes resbale,
el aliento de tu esposo
al darte un beso embriagante.
Y que creas de tu mesa
los esquisitos manjares,
comer con horrible furia
del Conde infeliz las carnes.
Y que el licor de tus orgias
por siempre rojo lo halles,
y que hasta el agua que bebas
te sepa, Luz, á su sangre.

LUZ.

Julio!...

FONTANERO.

Dios! jamás me nombres,
que me infamas al nombrarme,
y si te amé torpe un dia
te detesto hoy, miserable.
Aparta, sierpe maldita:
monstruo vil, aparta, guarte,
no me toques, si no quieres
que fiero te despedace.

LUZ.

Malvado, despeja al punto,
ó en llamando á mis leales
servidores, al incendio
te hago arrojar porque calles.

FONTANERO.

Que vengan, los desafío,
les diré vuestras maldades
y no iré solo á la hoguera,
pues tendré quien me acompañe.

LUZ.

Calla.

FONTANERO.

Ya veis que no soy
cual creeis tan despreciable,
que vos me disteis las armas
para que os asesinase.
Ya os domino, monstruo aleve;
sí, ya tienes que humillarte
y obedecer mis mandatos
como juez.

LUZ.

Pues, Julio, mándame;
mas el secreto....

FONTANERO.

Señora,
soy noble y aquesto baste.
Jamás un noble denuncia,
que eso es solo de almas frágiles.

LUZ.

Manda.

FONTANERO.

Desde hoy, Doña Luz,
quedarás en tu morada
por siempre, siempre encerrada,
vistiendo negro capuz.

—

No verás la soberana
luz del Sol que dora el huerto,
á no ser el rayo incierto
que pase por tu ventana.

—

Jamás ceñirás de flores
tus emponzoñadas sienes,
y jamás para tí bienes
el mundo tendrá, ni amores.

—

Y tomarás, Doña Luz,
en vez de perlas y espejos,
un libro que dé consejos,
un cilicio y una Cruz.

—

Y horrible remordimiento
noche y dia te roerá,
y él al fin te inspirará
el firme arrepentimiento.

—

Y al llegar la noche oscura,
cuando nadie ose velar,
irás, del Conde, á rezar
al pie de la sepultura.

—

Del Cielo así los rigores,
Doña Luz, calmar podrás,
¿me comprendes? y jamás
vuelvas á soñar amores.

—

Si lo haces así, echaré
sobre mis labios un nudo.
De nó, no me juzgues mudo:
tu infamia denunciaré.

—

A Dios, Luz, que cumplas fiel
la ley á que te condeno.

LUZ.

¡Te vas dejándome lleno
el cáliz, de amarga hiel!

FONTANERO.

¿Cumplirás?

LUZ.

Lo juro, sí,
besando, Julio, esta Cruz.

FONTANERO.

A Dios quédad, Doña Luz.

LUZ.

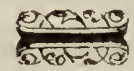
Por siempre!... Cielo! Ay de mí!

Y salió del salon Julio
agarrándose á los muros,
que sostener no podia
su cuerpo, firme, seguro.
Y Doña Luz quedó absorta
sin voz, helada y sin pulso,
desvanecida, cual flor
que tronchan los vientos rudos,
y en el salon solitaria
hasta media noche estuvo.
Solo tuvo por compaña
un negro deforme buho,
que volando triste en torno
la lámpara, sobre el muro
proyectó sombras diabólicas:
hasta que al cabo, convulso
sus alas batió en la luz
y el salon sumió en lo oscuro.

—

Y en aquel caos horrible
volvió Luz á respirar,
y oyó los horribles truenos,
y el rugir del huracan,
y el temblar de los cristales
que azotaba el temporal.
Y oyó el vuelo de las aves,
y su agonioso graznar,
y sintió sobre sus sienes
sus yertas alas frotar.
Y oyó un aye lastimero
ahogado, intenso, letal,
que tras el tapiz salia,
eco de la eternidad.
Y audaz aplicó el oido
y oyó en la tierra escarbar,
y al creer lo que ser pudiera,
cayó en el suelo, mortal.

Pasado tiempo, en las sombras
se pudo al fin arrastrar,
como culebra mordida,
consiguiendo descansar
en una ancha galería
que iluminaba el voraz
incendio, por las ventanas
que desquició el vendaval.
Y de allí pasó á su estancia
y al lecho, llenas de afan
sus doncellas la llevaron;
y en el lecho quiso hablar,
y se pegaron sus fauces,
y solo supo callar.
Y sus damas la velaron,
hasta el alba despuntar.



PARTE SEGUNDA.

Pasó la noche horrible;
La lluvia apagó el fuego;
La mañana nació dulce, apacible,
Y á entrar volvió el castillo en su sosiego.

Del huerto de German, salió en un potro
Al despuntar el alba, el fontanero.
A Toledo partió, que á armarse iba
En las huestes honrosas, de guerrero.

German lo vió partir desde su chozo,
Y estendiendo sus brazos á la altura
Esclamó: «que Dios lleve al noble mozo
Al honor», y tornó á su choza oscura.

Llevaba el Sol ya dos horas
de carrera sobre el risco,
cuando reunidos se hallaron
los criados del castillo.
Almorzaron lindamente,
que el trabajo da apetito,
y por Dios que aquella noche
trabajaron con ahinco.
Curaron los lastimados,
y despues de hallarse listos
fueron tras el mayordomo
á darle al Conde, reunidos,
albricias por el buen éxito
que tuvo el incendio.—Un grito
oyeron cuando subian
la escalera; en el pasillo
su marcha al fin detuvieron,
pues armando un remolino
por la escalera rodó
Doña Luz. Diéronle auxilio...
y entregándola á las damas
se bajaron con sigilo.

—

Pasado ya el mediodia
sosegóse la Condesa,
y preguntó por el Conde
dando una risa perversa.
Y lo buscaron, y nadie
pudo topar con su huella,
y eso que hasta registraron
del contorno, sus dos leguas.
Los criados, en la noche
se hicieron del caso lenguas:
y llegó el próximo dia
y noticia de él no llega.

Vieron pasar una Luna,
á sus deudos escribieron;
no hubo noticia ninguna,
y por muerto lo tuvieron.

—

Y hubo palurdo labriego
que entusiasmado dijera
«que lo vió junto á la hoguera
la horrible noche del fuego.»

—

Y como tal parecia,
lo achacaron de imprudente,
porque al incendio ido habia
á morir trágicamente.

—

Cada uno á su modo habló,
pero el resultado es
que el Conde no pareció,
y pasó el segundo mes.

—

Sus parientes un tributo
vinieron allí á rendir;
y Doña Luz, que vestir
tuvo al fin preciso luto.

—

Al cabo de tiempo, un dia
se encontraron los sabuesos,
yendo en una cacería,
bajo tierra humanos huesos.

—

Y del Conde los creyeron,
y era á la verdad factible,
aunque aquella noche horrible
varios labriegos murieron.

Seis meses pasados van,
y fué á sucederle al fin,
al infeliz don Martin,
su hermano el conde Julian.

—

Bello era, fuerza es decillo,
y de ardiente corazon....
y eligió por su mansion
la soledad del castillo.

—

Mucho consolaba á Luz,
y amoroso la animaba;
pero Luz nunca dejaba
de orar al pié de una Cruz.

—

Mas digamos la verdad,
cariños engendra el trato....
Luz vive en la soledad,
y don Julian no es ingrato.

—

Y ya ha advertido un villano,
porque la malicia aguija,
que Luz lleva una sortija,
de Don Julian, en su mano.

—

Y hay quien la ha visto galana
en ocasion oportuna,
al resplandor de la Luna
con él, junto á una ventana.

—

Y un año pasado era,
y Luz vistió de colores,
y ciñó su cabellera
de una guirnalda de flores.

—

Y al fin con su nuevo afan
olvidó la santa Cruz.
Julian no se halla sin Luz,
ni Doña Luz sin Julian.

La primer alba era
Que el Cielo arrebolaba
El Sol de la florida primavera,
Y que el prado de flores se llenaba.

Inundado iba el céfiro en olores
A mecerse en las rosas,
Y el espacio cruzaban mariposas,
Arpados ruiseñores,
Tórtolas y palomas amorosas.

Gorjeaba en el ramo de la encina
El colorin pintado,
Y en el chozo arruinado
Anidaba la alegre golondrina.

La primer alba era
Que el Cielo arrebolaba
El Sol de la florida primavera,
Y que el prado de olores se inundaba.

La tarde de este dia
Se ostentó deliciosa,
Y bajó Doña Luz con alegría
A la selva frondosa
Del buen Don Julian en compañía.

—

¿Irán de la natura
A admirar los primores?
Por lo mas hondo van de la espesura,
Mariposas cogiendo entre las flores,
Y conceptos diciéndose de amores.

—

Miradas de cariños
Entre los dos se cruzan, y contentos
Como inocentes niños,
Uno del otro en pos, beben los vientos.

—

Bajo un olivo, Luz quedó rendida
En los brazos del Conde reclinada,
Bella como la Luna plateada,
Como el Sol encendida,
Como el mar agitada,
Y como la paloma enamorada.

—

Estasiados entrambos se miraron
Y de esta suerte hablaron.

JULIAN.

¿Hermosa Luz, qué sientes
Al hallarte en mis brazos reclinada?
¿Esos labios rientes
Qué me quieren decir? Díme qué antojos
Me quieren inspirar tus lindos ojos.

—

¡Tu pupila riela
Y una luz encantada en ella asomas!
Díme, hermosa gacela,...
¿Tú has visto enamorar á las palomas?

—

¿Por ventura esos brazos que resbalas,
¡Ay! mi cuello ciñendo dulcemente,
Son las suaves alas
De la paloma ardiente?

—

¿Y por copiarla en todo, has elegido
La selva solitaria,
Haciendo de la grama blando nido?
¡Díme si tu intencion aquesta ha sido
O es sueño de mi mente visionaria!

LUZ.

¿Julian, el murmullo
Del viento que volando va entre flores...
No va diciendo «amores?»
Pues si paloma soy, ese es mi arrullo.

JULIAN.

¡Ay! será mi capricho!
¿O estás, hermosa mia, enamorada?

DOÑA LUZ.

Despues de lo que he dicho
No queda que decir, Don Julian, nada.

JULIAN.

Yo quiero de tu boca
Escuchar tu pasion, hermosa mia.

DOÑA LUZ.

Pues bien, me tienes loca...
En tu amor está toda mi alegría.
¿Ves esta lànguidez que entre tus brazos
Sufro, Julian?...

JULIAN.

Hermosa, sí, la veo.

¿Hija del amor es?... qué mis abrazos
Te inspiran un deseo!
Pues á el altar vendrás del himeneo.

Y Luz desvanecida,
Apoyó su cabeza dulcemente
En el seno del Conde, y adormida
Quedó gran rato, poco á poco luego
Del éstasis volvió, y enamorada
Al dar la Luna su argentado brillo,
En el brazo, apoyada
Del Conde, subió á el alto del castillo.

«Servidores, atended:
que se busquen trovadores,
que se citen á las damas,
y á los caballeros nobles.
Que se alisten mis jardines,
y decoren mis salones;
y que iluminen mis parques,
y mis huertos, y mis bosques.

Que se pongan mis banderas
desplegadas en mis torres;
y que repartan dineros,
y carne y vino á los pobres.»
De aquesta suerte á sus vasallos
habló Don Julian el Conde,
paseando á largos pasos
los calados corredores.

—¿Dicen que la hermosa Luz
bajó ceñida de flores
y platicando de amores
con el Conde Don Julian
hace dias á los bosques?
—No hay duda, todos la vieron.
—Se aman?
—Ellos lo dijeron.
—Y qué?
—Que á casarse van.

—

—¿Ya olvidó la muerte trágica
de su desgraciado esposo?
—El mundo es linterna mágica;
pasa, pasa, y nada mas.
Al ímpetu de la suerte
vamos cual locos rodando.
Que goce el que vaya andando,
que pene el que quede atrás.

—

—Lo que si informarme quiero...
¿qué se hizo...
—Sí, ya infiero,

¿del mancebo fontanero?...
Nada, desapareció.
Hablan de él de varios modos:
unos dicen que á la guerra...
y otros que á luenga tierra
desesperado marchó.

—

—¿Y por fin, con la Condesa
tuvo amores, ó no tuvo?
—Amigo, pregunta es esa
que no me atrevo á saciar.
Pero.... ved, ved como corren
del castillo los criados,
como nunca, engalanados,
las torres á empavesar.

—

—¿Y esa música, esas danzas
que han armado los villanos
en esos floridos llanos
qué nos dicen, vive Dios?
Ved la noble comitiva
que va por el cerro arriba.
Hoy es dia de himeneo....
Pues vamos allá los dos.

Música, algazara,
cantares, ruido,
vino, aclamaciones,
luces en los riscos,
luces en los bosques,
y en todo el castillo.
El Conde su tálamo
á Luz darle quiso.
Llegada es la hora,
el Preste ha venido,
la música entona
magnífico himno.
Se dieron las manos,
quedaron unidos.

—

En el castillo todo es alegría,
Hasta la noche oscura
Encendió su fanal ; la Luna llena
Velada apenas por rosadas nieblas
Vertió su lumbre pura,
Reina bella de luz en las tinieblas.

—

En torno del castillo,
Derramaba su vaga argentería
Inspirándo su brillo,
Dulcisima y feliz melancolía.

—

El campo era desierto,
El ruiseñor tan solo gorjeó
En el arroyo que circunda el huerto;
Mas pisadas oyó,
Y el canto delicioso suspendió.

En un alazano saltó un caballero
Del huerto el vallado; vestido venia,
De el casco á la espuela, de bruñido acero.
La Luna, en el peto del noble guerrero,
Brillante lucía.

—

Sentado galope su potro llevaba
Por una vereda cubierta de vides,
Mas oyó que al lejos un perro ladraba,
Y la voz de un hombre que al par le gritaba:
«Parad, el que viene de las nobles lides.»

—

Suspenso el guerrero su alazan contuvo,
Y una vaga sombra por el emparrado
Vió que hácia él venia con paso cansado:
Cuando cerca estuvo,
Dijo un guardabosques: «¿dónde va el soldado?»

—

Y se apeó el guerrero
Con prontitud, del alazan, y al cuello
Del guardabosques se arrojó llorando.
Y el anciano montero,
En la frente gentil del caballero
Clavó sus blancos labios sollozando.

GERMAN.

Hijo del corazon!...

JULIO.

¡Padre del alma!...

GERMAN.

Deja que de la Luna al dulce brillo
Te contemple la faz. ¡Que hermoso eres!

JULIO.

¡Padre mio!...

GERMAN.

¿Qué quieres?

JULIO.

Saber por qué iluminan el castillo.

GERMAN.

Murió Don Lope.

JULIO.

Ya lo sé, su esposa
Orará siempre al pie de triste Cruz.

GERMAN.

Julio, te engañas.

JULIO.

¡Qué!

GERMAN.

Hoy se desposa.

JULIO.

¿Quién se desposa, padre!!!!

GERMAN.

Doña Luz.

JULIO.

Dadme un abrazo, señor:
á veros vendré mas tarde.

GERMAN.

¿Dónde vas?

JULIO.

Voy al castillo,
quiero en el festin hallarme.

GERMAN.

¿Pero en dónde?

JULIO.

En los salones
en donde brindan los grandes,
que ya he comprado la entrada
no con el oro, con sangre.
Ya no soy el fontanero
que triste en los andurriales
un tiempo anduvo llevando
los surtideros del cauce.
Vedme vestido de acero,
observad bien mi talante.

GERMAN.

Bendito el seno, hijo mio,
en que te nutrió tu madre.
Vé á brillar.

JULIO.

No, padre mio.

GERMAN.

¿Pues á qué vas?

JULIO.

A vengarme!

GERMAN.

¡A vengarte!

JULIO.

Es un misterio.
A Dios hasta luego, padre.

Y el bravo capitan Julio
aplicó los acicates,
con viveza en demasía,
del caballo, en los hijares.
Y el alazan, á el castillo
tomó el rumbo á todo escape.

Lucido está el salon de los festines,
Diez lámparas de plata lo iluminan,
Y en torno de una mesa dilatada
Dos mil manjares y primores brillan.
Bellas damas y nobles caballeros
Por Doña Luz y el Conde á un tiempo brindan.
Hermosa, Doña Luz, junto á su esposo
Se deja enaltecer con alegría;
Pero hay quien nota que á una hermosa Venus,
Que hay á su espalda, con espanto mira.
Una copa en su traje ha derramado
Al volver la cabeza sorprendida,
Mas nadie comprender puede el misterio
Y á cantar y á beber todos se animan.
Una copa de oro han levantado:
«Premio será del trovador que rinda
»La cancion mas donosa, á la Condesa»;
Un noble lo anunció, tornó á su silla.

—

En esto á las puertas, vestido de acero,
Con la faz velada,
Llegó un caballero.
El brindis pararon,
Nadie espuso nada,
Y el porte tan noble, todos admiraron,
Del que misterioso quiso hacer la entrada.
Un arpa tomó;
Asentóse luego,
Y largo por cierto y bien, preludió:
Y de aquesta suerte, su canto empezó.

A la beldad del festin
alzad cantos, trovadores,
que es bella como el capullo
de la amapola del bosque;

cantadles dulces historias,
cantadles trovas de amores,
sin que paseis por su mente
recuerdos que la emponzoñen:
que aunque niña, ya ha sufrido
del destino los rigores,
que aunque duermen en su alma,
su imaginacion corroen.
¿Veis? la hermosura suspira,
brindadle una copa, nobles,
que á comenzar una historia,
que ha de distraerla, voy.

—

Una vez, por un camino
un hechicero pasaba,
y halló una perla entre el polvo,
de hojas secas rodeada:
fué á cojerla, mas hallóla
en una piedra enclavada,
y admirado, sorprendido,
que apelar tuvo á su vara;
hasta tres veces, con ella,
la perla y hojas tocara;
y las hojas se trocaron
una amapola encarnada.

Y un aye lanzó la perla,
y un aye la flor gallarda,
y el hechizo, á perla y flor,
dió voluntad y palabras.
¿De dónde has venido, perla?
dijo el mago. «De una dama.»
¿Dónde has vivido? «En su seno.»
¿Era hermosa? «Como el alba.
»Y como el Sol era ardiente,
»y mas que el espino ingrata.»
¿Y por qué vive á tí unida
esa amapola encarnada?
«Porque las dos hemos sido
»víctimas de la malvadá.»
Y la amapola esclamó:
«Yo en la selva solitaria
»feliz y oculta vivia
»cuando me arrancó la dama.
»Mensajera fuí de amor,
»de un beso quedé hechizada,
»y vivo sin consumirme
»porque de un mal fuí la causa.»

Doña Luz tomó una copa....
y brindó desatentada,
y volvió á escuchar la historia
aunque con sosiego, pálida.

Y prosiguió el caballero
con la voz algo turbada:

Hay almas viles, de fieras
que sobre males descansan,
que sobre recuerdos viles
apuran copas doradas.
Y preguntó el hechicero:
¿Tan vil ha sido esa dama?

«La que mata á su marido
»por una pasion malvada,
»¿no es vil?.... ¿la que luego ahoga
»en su conciencia manchada
»la voz triste del delito,
»no es vil?.... ¿la que coronada
»de jazmines, perlas y oro
»se ostenta despues gallarda
»al mundo otra vez fingiendo
»candidez, teniendo el alma
»seca de amor y pureza;
»seca de ilusiones santas;
»seca de dulces virtudes,
»no es vil?....»

Doña Luz se alza,
toma un cuchillo, y al rostro
del noble cantor dispara.
Se alzaron los caballeros;
el cantor arrojó el arpa,
y con aspecto imponente
de aquesta manera habla:

—«Señora, vuestro cuchillo
»se ha mellado en mi celada,
»lo mismo tus intenciones
»harán en mi causa santa.»
—«Don Julian, á ese malvado
»arrojad por mis ventanas,»
Doña Luz dijo furiosa
con voz de desesperada.
Y todos los caballeros
al noble mancebo atacan.
Pero Julio es poderoso,
saca con vigor la espada,
y de un mandoble, á tres nobles
hizo rodar por la estancia.
El Conde gritó indignado:
—«Haced subir á mi guardia,
»y colgad del atrevido
»la cabeza en una escarpia.»
Y Julio partió á la Venus
que á espaldas de Luz estaba.
Esta, dando horribles gritos,
de Julio se echó á las plantas.

El capitan fontanero
con el puño de su espada
batió apresuradamente
la Venus, y con audacia
hizo caer cien ladrillos,
y tras ellos un fantasma:
fué el esqueleto del Conde
que recibió Luz postrada
entre sus brazos impíos,
y así quedó desmayada.
Quedó el concurso en silencio;
detuvo el Conde su guardia,
y ante el trovador, convulso
quedó sin decir palabra.
Julio entonces con mesura
llevó arriba su celada,
y el espantoso silencio
rompió con estas palabras:

—«Sobre el seno de Luz, fiero, tirano,
»Ved, Conde Don Julian, un esqueleto:
»Llegad, Conde, y tocadle con respeto,
»Porque los huesos son de vuestro hermano.

»Doña Luz por pasion desesperada
»Su preciosa vida cortó en flor:
»Y aun en la misma sangre derramada
»Ilusiones buscó para su amor.
»Tan solamente yo este secreto
»Para castigo suyo poseí.
»Si dudais de mi voz, el esqueleto
»En su silencio os hablará por mí.»

El Conde Don Julian un aye triste,
Intenso y melancólico lanzó;
Y con voz apagada á su consorte
En el seno golpeándole llamó.
Y Luz se reanimó, y con voz débil
Al Conde respondió: «nunca lo amé.»
Y dejando despues el eco flébil,
Gritó: «¡perdon, que yo le asesiné!»

Y el Conde se indignó, sacó su espada,
A la malvada Luz la dirigió.
Era ya tarde, Luz estaba helada:
El peso del delito la mató.

Entonces el noble Conde
despidió á los caballeros,
despues de dar sepultura
de su hermano al esqueleto.

—

Mandó desgarrar las galas
de su castillo ornamento,
y arrojar por las ventanas
los primores que sirvieron
en el salon de las orgias
á su horroroso himeneo.

—

Tan solo vino á quedar
en áquel salon desierto,
de Doña Luz la malvada,
insepulto el yerto cuerpo.

—

Al dia siguiente el castillo
abandonó con sus deudos
el Conde, dejando echados
en sus puertas fuertes hierros.

—

Para siempre se alejó
de esta tierra, y sus recuerdos
los consumió en una aldea
de las orillas del Ebro.

—

A la guerra se volvió
El capitan fontanero,
y cada cual como pudo
apagó su sentimiento.

Los años y los curiosos
al fin el castillo abrieron,
habitado de cernícalos,
y de buitres, y de cuervos.
Hallaron en un salon
un asqueroso esqueleto,
y espantados, del castillo,
y haciendo la cruz, salieron.
Y cada cual á su modo
de aquello formó su cuento,
mas cuentos que en tradiciones
los suelen trocar los tiempos.

Aquesto, buen caminante,
es lo que sé; en mi concepto,
ni dudo que el cuento es falso,
ni dudo de que sea cierto.
Pues tal delito en mujeres
en nuestros tiempos lo vemos,
y tambien tales castigos
que envueltos tienen en ellos,
pues jamás el bien y el mal
queda sin castigo ó premio,
que aunque se le oculte al mundo,
nada se le oculta al Cielo.
Mas demos fin al discurso
que el alba va amaneciendo.
Caminante, á descansar.

CAMINANTE.

Bardo, yo te lo agradezco,
que no pudiera dormir,
pues aun obra en mí el suceso
del castillo.

BARDO.

¿Y qué, lo juzgas
hijo del encantamento?

CAMINANTE.

¿Pues cómo lo he de juzgar?

BARDO.

Como se juzga un ensueño.

CAMINANTE.

¿Y en dónde está mi caballo?

BARDO.

Quizá en el prado paciendo.

CAMINANTE.

¿Y la fantasma que he visto?

BARDO.

Escucha por un momento.
Tú entrastes en el castillo
bajo el influjo maléfico
que te inspiró en su conseja,
segun me has dicho, el labriego:
te atacó en la soledad
junto al rescoldo mal sueño;
y sus vapores quizás
trastornó tu pensamiento.

3 0112 115872365

Soñaste con mil fantasmas,
despertaste, á tu aspaviento
tu caballo se asombró,
corrió á buscar campo abierto;
y ficcion y realidades
tu imaginacion torcieron,
y creistes hasta en brujas
como infeliz rapazuelo.

CAMINANTE.

Estoy convencido, bardo.

BARDO.

Pues, caminante, me alegro.
Vé á descansar, que á lo mismo
voy caminando á mi lecho.

Y el bardo y el caminante
cogieron el sueño presto.

Y pues quedaron dormidos,
hagamos lo que hacen ellos.
A roncar, y buenas noches,
y salud y buen provecho.

FIN.